

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

 Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 peseta
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »
 » Extranjero » . . . 1'50 »

La prensa burguesa y el proletariado

Porque Cánovas del Castillo, aquel hombre tan serioso y tan formalote, tuvo un día la humorada—como buen andaluz—de tomar el pelo a los periodistas, diciéndoles que ellos eran el cuarto poder del Estado, andan locos de vanidad y hinchados de superhombria, y a fuerza de pensar en la frase guasona han llegado a creer que en realidad son un poder dentro de otro poder.

Y así vemos a buen número de zoquetes queriendo ejercer de sabios en todos los asuntos y de directores de la opinión.

Pero donde su prociadad raya a más altura es en los asuntos que afectan al proletariado.

Sin saber lo que es trabajar, pues toda su labor queda reducida a doblar el espinazo ante todo aquel que pueden sacarle dos pesetas, ó un empleo honorífico que se les produzca, pretenden dirigir a los trabajadores, cuando hacen alguna reclamación a los patronos, y no lo hacen tan solo por satisfacer su vanidad como mediadores, sino porque con su intervención se les presenta más fácil ocasión de hacer el juego a la burguesía, a la que tienen la obligación de defender.

Y como esta labor le es imposible hacerla a la prensa conservadora, se ha encargado de ella la prensa llamada radical, que con su mentido liberalismo, puede más fácilmente engañar a los que en ella creen.

Y en esta labor de excitar a los obreros a luchar por su mejoramiento, para cuando estén en plena lucha traicionarlos, porque los favores del obrero solo los necesitan en día de elecciones y las pesetas del burqués las necesitan en toda época; en esta labor, decimos, se distingue *El Progreso*, que no tiene inconveniente en publicar gaceticillas *suplicadas* de los burgueses, que no son otra cosa que denuncias policíacas contra los huelguistas metalúrgicos, ó artículos como el que de dicho periódico copiamos:

«La huelga de la casa Klein.—Continuamente recibimos protestas y visitas de los obreros que trabajan en la fábrica de Klein para manifestarnos que la conducta de este es intachable por cuanto al despedir al compañero Mercadé le ha concedido cuatro meses de tiempo para buscarse colocación en otra casa.

Los obreros contrarios a la huelga declarada son la mayoría de los ocupados en la casa Klein, y si no pudieron votar en contra de la lucha entablada injustificadamente en el seno de la respectiva Sociedad, fué, según nos han manifestado nuestros visitantes, porque se les hace imposible el ingreso en la entidad a causa del *mangoneo* de ciertos individuos.

En cambio los huelguistas dicen que cada día están más entusiasmados por continuar la huelga, y protestan contra las afirmaciones de los que no les secundan en su actitud.

Ayer se reunieron acordando continuar la huelga hasta ser admitidos todos los obreros parados, incluso el compañero Mercadé, origen del conflicto, y a quien el patrono Klein concede cuatro meses de tiempo para que se busque colocación en otra casa.

El patrono Klein, en vista de la conducta de determinados individuos, ha decidido suprimir de su fábrica la sección de correa, a fin de que no salgan perjudicados sus intereses y reine la paz en su casa.

Tal como se han colocado los contendientes, sólo cabe hacer una cosa, según nuestro humilde y leal saber y entender: Dado que el patrono Klein desista de suprimir la sección de correa, ingresar todos los huelguistas en la casa, incluso Mercadé, pero con la condición de que éste haga uso de los cuatro meses de tiempo que le han sido otorgados para que se proporcione trabajo ó se lo proporcionen los compañeros que han salido a su defensa, cumpliendo con un deber de compañerismo.

Lo demás será extremar la nota y perder energías en el sostenimiento de una lucha que no aparece justificada si es verdad que en vez de los ocho días legales de anticipación que el patrono Klein debió conceder al compañero Mercadé, le han sido otorgados cuatro meses, según ya decimos más arriba.»

Esta huelga que dice *El Progreso* que es injustificada, es una de aquellas que más

claramente demuestran el espíritu de compañerismo, tan necesario entre los obreros.

¿Pero es que a *El Progreso* puede importarle algo nuestro emancipación? ¿no está a la vista su campaña rastrera contra los obreros sindicados, porque ve que estos han emprendido el camino recto de su liberación?

Si los obreros reflexionaran sobre la conducta de este periódico, mejor dicho, de los directores del partido radical, con la pretensión de que se dejara abandonados a su suerte a los obreros mineros en huelga, se darían cuenta de que este partido, como todos los partidos políticos, pero éste más que ninguno, solo puede vivir del producto de la desorganización, como clase, de los trabajadores, y por eso su oposición al gran acto de solidaridad proclamado por Solidaridad Obrera.

Pero en este caso, además del interés de partido, había otro interés más supremo, era por un lado la degradante limosna que esperaban obtener fascinando a don Toribio, a quien piensan cargarle la cabeza para descargarle los bolsillos; y más que nada la llegada de la infanta Isabel, que era preciso se efectuase felizmente, y como la huelga general podía ser—y lo era—un obstáculo, fué preciso comprar a esa prensa republicana para que la monarquía fuera bien recibida, y así se dió el caso raro de que coincidieran en combatir la huelga general periódicos que en nada y nunca van de acuerdo. ¡Era que una vez más los panecillos de la monarquía satisfacían el hambre de los periodistas republicanos!

Por otra parte hay que tener presente el miedo que causa a los políticos radicales el ver al pueblo en la calle, pues según dijo Kropotkine en el número 23 de este periódico, los intelectuales radicales y arribistas obreros «no quieren la revolución. La temen. Detestan al pueblo en la calle tanto como los burgueses de 1789 detestaban a los hombres armados con picas.»

Y buena prueba de ello es que Lerroux, que no hace mucho tiempo decía que había que hundir la piqueta demoleadora hasta por la última resquebrajadura del edificio social, para derrumbarle y que la semana pasada en San Sebastián decía que «es necesario hacer la revolución, ya que la evolución está estancada», viene a Cataluña y cambiando de tono, en la sesión de apertura del Congreso de la Democracia dijo: «que en las futuras luchas las armas deben colgarse y la palabra y la inteligencia serán las que peleen y las que triunfen por encima de todo.»

Y es que Lerroux con su *Progreso* como *La Publicidad* y demás periódicos radicales y revolucionarios, temen a la huelga general porque saben que ha de ser, forzosamente, un movimiento revolucionario, y tratan —y en parte lo han conseguido—poner a una pequeña parte de inconscientes trabajadores enfrente de la clase obrera organizada, valiéndose de la injuria y la calumnia, de la que son verdaderos profesionales.

Se hallan perfectamente retratados por el mismo Kropotkine, cuando dice:

«La monarquía, la comedia ritual, la ignorancia sostenida por el clero, la explotación conservada por los capitalistas, el hambre popular, el fusilamiento de huelguistas, los furiosos del terror blanco, con todo eso han sabido acomodarse. ¡Acordémonos del terror blanco en Francia, de 1820 a 1830, del terror azul después de la *Commune*, ó del terror negro en Rusia después de 1907!

Con todo eso han sabido acomodarse, con todo eso han pactado treguas en cuanto han visto en la calle los andrajos del hombre con la pica de 1789, la bandera roja de la insurrección proletaria, la hoz atada a la punta de un palo y las caras lívidas de los trabajadores del campo y la ciudad.

Para retener a los revolucionarios populares, les lanzaron esa palabra cobarde, jesuítica y traidora: «No hagáis movimientos inconscientes! con la cual conducen a los proletarios alemanes y tratan actualmente de conducir a los proletarios revolucionarios de los países latinos.»

No nos hacemos la ilusión de que con la última huelga general iba a triunfar la revolución, pero si aseguramos que como resultado inmediato, se hubiera decidido el

triunfo de los mineros vizcainos y el pueblo se hubiera ido educando para la revolución definitiva, mejor que rindiendo pleitesía a los ídolos, que en su historia política solo registran traiciones y abdicaciones.

Bien es verdad que los periodistas burgueses, y muy especialmente los de Barcelona, se acogen al sacerdocio de la prensa, no para ganarse la vida ni para sacrificarse por una idea, sino para servirse del periódico para alcanzar prebendas en el Ayuntamiento, en la Diputación ó en las oficinas del Estado; y como esto sólo es capaz de hacerlo quien por su incapacidad mental no sirve para nada útil, así vemos las redacciones de los diarios cuajadas de los fracasados en todas las Universidades; de abogados sin bufete, de médicos sin clientela, de maestros que no conocen la gramática, etc. etc.

Y para demostrar de una vez lo obtusos de entendimiento que son estos entes, baste saber que los hay que *trabajan* día y noche por diez duros al mes, lo cual no les impide dedicarse algún rato a querer aprender de tipógrafos para poder hacer de «squirois», como ya se han dado casos.

Pero, afortunadamente, el sindicalismo autónomo, desentendiéndose de estos perros que con sus ladridos quieren interrumpir su marcha, sigue su camino en progresión ascendente, y libre de toda tutoría y proclamando su mayoría de edad educa al pueblo en sus derechos, y señalándole a esta granjería política le dice como Gambetta: Hé ahí tu enemigo.

Y ese pueblo consciente, no lo duden los castradores de todos los ideales, va en pos de su emancipación: de la Anárquía.

El alma de la escuela

La escuela tiene un alma

Porque la escuela tiene un alma. Entendámonos bien: cuando digo alma, quiero decir simplemente una unidad de vida moral. Y, en este sentido, la escuela ha de tener un alma.

La escuela que no la tiene vale muy poco. Yo he visitado algunas veces escuelas instaladas en buenos locales, con mobiliario excelente, con material de sobras, con maestros instruidos y que enseñaban según métodos modernos. Y, después de asistir a dos ó tres clases en estas escuelas, he salido descontento y triste.

¿Por qué? ¡Cómo explicarlo! Porque todo estaba bien, pero frío. Porque la enseñanza se daba perfectamente, pero de un modo mecánico. Porque allí faltaba el entusiasmo, la emoción, la fuerza interior, la idealidad. Porque la escuela no tenía alma.

¿Queréis vosotros para vuestros hijos? ¿Queréis que aprendan muchas cosas? Esta bien, pero no es bastante. ¿Queréis que sepan ganarse la vida? Está bien, pero tampoco es bastante. Hay hombres muy instruidos y muy hábiles para enriquecerse y no por eso menos dignos de desprecio. ¿Queréis, además, que vuestros hijos lleguen a ser hombres honrados, leales, enérgicos, tolerantes, laboriosos, abnegados, llenos de bondad? Pues eso sí que es bastante. Pero a eso no contribuirá la escuela por más mapas y aparatos que en ella veáis, si la escuela no tiene un alma.

Imaginad que se llegara un día a descubrir la manera de dar a los niños en forma de píldoras toda suerte de conocimientos. El padre tomaría en su mano izquierda una cajita recién comprada, y con la mano derecha iría sacando las píldoras pedagógicas. Su hijo, delante de él y con la boca abierta se las tragaría dócilmente. Píldora de lectura, píldora de escritura, píldora de aritmética, píldora de historia... En cinco minutos el niño quedaría convertido en sabio. Pero ¿sería eso una educación? No. El niño sabría mil cosas pero no se habría formado ni su razón ni su carácter. No sería esta la educación de un ser humano.

¿Qué ideal ha de tener la escuela?

Se me ocurre que acaso me digáis: Si, señor; la escuela ha de tener un ideal; ¿pero qué ideal? Porque los ideales pueden ser muchos. Entre los que estamos aquí reunidos hay diversidad de ideales.

A esto os respondería que, para mí, lo importante no es que la escuela tenga un ideal determinado, particular, concreto, sino que tenga una idealidad. No soy partidario de imponer a los niños ninguna doctrina cerrada. A los casinos librepensadores republicanos, les diría: Es natural que queráis fundar escuelas laicas y cívicas, pero no fundéis es-

colas del partido republicano. A los centros nacionalistas, les diría: fundad escuelas catalanas; no las fundéis catalanistas.

Respetad la libertad del niño. Procurad que el día de mañana vuestros hijos tengan un ideal, pero no les exijáis que tengan el mismo que vosotros. ¿Veis la diferencia entre un ideal y una idealidad? La idealidad es el tono común, la nota común a todos los ideales. Lo que importa, pues, es que la escuela y la vida entera del niño, estén envueltas en un ambiente de idealidad.]

Escuelas laicas y escuelas católicas

La escuela ha de tener un alto sentido moral, decimos; la escuela ha de tener una idealidad; la escuela ha de tener un alma. En esto estamos conformes. Pero surge la cuestión de saber si esta alma de la escuela debe ser confesional católica, ó simplemente religiosa pero no confesional, ó neutra en materia de religión, ó laica ó antirreligiosa. Aquí y ahora, la lucha está entablada principalmente entre la escuela católica y la escuela neutral. Y, al surgir esta cuestión, de tal manera apasiona los ánimos, que muchas veces olvidamos la otra cuestión, la que constituye el fundamento de esta y es, en todos sentidos, verdaderamente fundamental. Olvidamos que la escuela ha de tener un alma.

Me explicaré. Hay católicos que se figuran que con fundar una escuela con mucho rezo y mucha doctrina cristiana, ya han fundado una perfecta escuela. Se equivocan. Las oraciones pueden ser puramente maquinales; el catecismo, estar aprendido sólo de memoria y por rutina; la escuela no tener un alma. Con poner la asignatura de religión, nada se ha puesto, si al mismo tiempo no se pone virtud, afecto, entusiasmo, calor del corazón.

Y hay también librepensadores que juzgan que con suprimir la religión ya lo han hecho todo. «Tenemos una escuela laica», dicen muy ufanos. Sustituyen el Santo Cristo por un busto en yeso de la República, y ya se creen que están resueltos todos los problemas. Se equivocan también, y a veces con la mejor fe del mundo. De nada sirve suprimir el catecismo si no se da a toda la escuela un tono elevado, si en ella no florecen los sentimientos más puros y libres de la humanidad.

No pregonéis a gritos como el gran mérito de vuestras escuelas: «¡Aquí se enseña el catecismo!»; ó bien: «¡Venid aquí, que no hay catecismo!» No. Yo creo, oído bien, que la lucha entre la escuela católica y la escuela neutral, tiene una extraordinaria importancia. Personalmente, he tomado y tomaré toda la parte que pueda en esta lucha. No debe, sin embargo, hacernos olvidar que de ella sola no depende el porvenir de la escuela. Cuando habléis de vuestras escuelas, no dejéis de explicar si la instrucción religiosa se da ó no se da, ó se da sólo a algunos. Pero decid antes como entendéis la educación moral, decid que tenéis un ideal de perfección humana, decid que vuestras escuelas tienen un alma que interiormente las vivifica.

LUIS DE ZULUETA

(Fragmentos de la Conferencia en el Ateneo Iguadino de la clase obrera.—Agosto 1910)

Los mineros en Vizcaya

Si miramos la triste situación del minero en Vizcaya—y conste que intencionadamente decimos en Vizcaya y no de Vizcaya—hemos de reconocer que bien poco ha hecho por salir de tan vergonzoso estado.

Sin embargo: ¿es que no ama su emancipación, que no la anhela y desea luchar por ella? Injustos seríamos si lo afirmásemos. No; el minero en Vizcaya ama su emancipación, la anhela y quiere luchar por ella, y esto lo prueba con sus raros, pero importantes movimientos, como el que habrá sido asesinado antes que esto se publique, probablemente; pero la sangre fertiliza y haciendo pensar a aquel paria sobre las peripecias de la lucha, verá los lunares y los salvará en la próxima, más enérgica y más astuta.

El minero en Vizcaya es digno de nuestra consideración y respeto, pero es ignorante y fácilmente se deja llevar por charlatanes; se cree con derecho pero se juzga débil y se idolatra por cualquier charlatán.

Sin embargo de esta afirmación, por lo que hemos constatado nosotros mismos recorriendo las minas en 1891 a 1893, sabemos que el progreso no es letra muerta y que su evolución se ha operado, si no en el grado que a sus intereses convendría y fuera de desear, más que lo que desearían sus explotadores de toda clase.

A aquellas minas concurren obreros de todas las partes de España; Castilla, Aragón y Navarra especialmente. El aragonés no debía trabajar más que el navarro, ni éste más que el aragonés, y